

14881

Recibido 2/1/13

EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL MARIDO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. EDUARDO DE LUSTONÓ.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, 40,-2.º

1873.

L47 - 6406

EL TEATRO,
COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL MARIDO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

DE DON JUAN DE LA CRUZ

Por

D. EDUARDO DE LLISTONA

MADRID:
ALONSO GILLO, EDITOR

A LOS SEÑORES

1870

47-6406

EL MARIDO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. EDUARDO DE LUSTONÓ.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de Variedades la noche del 4 de
Octubre de 1873.

Manuel Rodríguez
Este obra de D. Alonso Quijano, y nadie podrá
negar que es una de las más bellas en España,
y en los países con los cuales se comparan, se
comparan a la propiedad literaria.
Las comisiones de la Academia Dramática y Literaria,
el Teatro de DON ALONSO QUIJANO, son los exclusivos
de los derechos de representación y de la
obra de Quijano.
Queda prohibido el derecho de hacer la ley.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

PERSONAJES.

ACTORES.

ADELA.....	SRTA. VEDIA.
VICTORIA.....	RODRIGUEZ:
LUIS.....	SR. VALLÉS.
TORRES.....	ZAMACOIS.

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

La escena en nuestros días.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ GALVANO, 12

1873

A LA PRIMERA ACTRIZ

DOÑA TRINIDAD VEDIA,

en prueba de admiracion y afecto,

E. de Luchana.

A LA PRIMERA VISTA

DOÑA TRINIDAD VIEIRA

en prueba de admisión y afecto.

ACTO UNICO.

Sala de lectura en una casa de baños. Puerta al foro y á la derecha. La primera conduce á los demas departamentos de la casa y la segunda da al aposento de Adela. Á la izquierda una chimenea y encima un espejo. En medio del salon una mesa llena de libros y periódicos. Á la derecha una marquesita y á la izquierda un velador.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, escribiendo.

Si hoy que se inventan tantas cosas prodigiosas, se inventase un termómetro del corazon, ¡cuántas falsedades se descubrirían! No hay nada más infame que la hipocresía en amor. Si en vez de este trozo de elocuencia escribiese á Luisa: «Señora, lo sé todo, hemos concluido,» sería mucho más noble. (Rompe la carta que ha estado escribiendo.) Decididamente no le escribo hoy. (Se levanta.) Estos amores fáciles producen en mi corazon un hastío insoportable.

ESCENA II.

LUIS y VICTORIA, que entra por el fondo con una carta en la mano.

Vicr. Señor don Luis!

- LUIS. Tú por aquí, Victoria?
- VICT. ¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto!... ¿Ha venido usted á los baños por causas de salud?
- LUIS. Sí, tengo palpitaciones en el corazon.
- VICT. Siempre el mismo. Es usted una sensitiva.
- LUIS. Qué quieres? Continúas al servicio de Carolina?
- VICT. No, señor; ya se acordará que cuando ella le dejó á usted por...
- LUIS. Bien. ¿Y dónde estás ahora?
- VICT. En casa de la señora de Torres.
- LUIS. Es bonita?
- VICT. Ya sabe usted que yo no sirvo á ninguna señora fea.
- LUIS. Y el marido?
- VICT. Es un hombre sumamente colérico, desconfiado y celoso.
- LUIS. Ese tipo es muy común. Y está aquí?
- VICT. No. Hace dias que marchó á Madrid á arreglar un negocio de interés, dejándome encargado que espíase á su mujer.
- LUIS. Y te prestas á tan infame accion!
- VICT. Oh! no! Entretengo los celos del señor; pero le engaño como á un chino. Mire usted, cuando un jóven se fija en mi señora y á ésta no le es simpático, le denuncio al marido.
- LUIS. Perfectamente.
- VICT. Pero si por el contrario, llegase el dia en que le agradase alguno...
- LUIS. Te darás un punto en la boca y asunto acabado. ¡Magnífico!...
- VICT. El señor no tardará en volver de Madrid, porque anteayer puse un parte telegráfico, advirtiéndole que había moros en la costa.
- LUIS. Y eso es...
- VICT. Falso; tan falso como el alma de Judas; pero me valdrá una buena gratificacion, y... ¿á qué está una? Vaya, me voy, que la señora me está aguardando y va á reñirme por mi tardanza. Adios, señor don Luis.

ESCENA III.

DICHOS, ADELA.

ADELA. Victoria!

VICT. (Ap.) (Ella es.) (Alto.) Señora, usted dispense si he tardado, pero me han entretenido abajo para darme esta carta.

ADELA. (Reparando en Luis.) Quién es ese caballero?

VICT. El señor don Luis Menéndez, un joven que visitaba la casa de mi antigua ama, la señora de Perez.

ADELA. (Abriendo la carta.) Ah! es de mi marido. Dice que llegará mañana.

VICT. (Ap.) (Si anuncia su venida para mañana, de fijo llega hoy.)

ADELA. (Sentándose al lado opuesto de Luis.) Victoria, búscame la *Revista de ambos mundos*.

VICT. (Después de buscarla.) Señora, la está leyendo ese caballero. (Á Luis.) Caballero...

LUIS. Qué quieres?

ADELA. (Deteniendo á Victoria.) Victoria, cállate, me pasaré sin ella.

VICT. (Contestando á Luis.) Ya, nada. La señora quiere...

LUIS. ¿Qué?

VICT. La *Revista de ambos mundos*.

LUIS. (Levantándose.) Cómo! señora, ¿desea usted esta revista? Dispense usted que la haya tomado.

ADELA. No tengo por qué dispensarle. Estamos en una fonda, donde todos tienen igual derecho. Continúe usted su lectura.

LUIS. De ningún modo. Una señora tiene siempre el derecho de preferencia.

ADELA. (Aceptando el periódico.) Gracias. (Se ponen á leer.)

LUIS. (Toma otro periódico.) *La Época*. Veamos que dice Asmodeo en su revista de salones. (Momentos de silencio. Am-

bos leen.)

ADELA. Victoria, dame la *Época*. Quiero saber qué novedades ocurren en Madrid.

VICT. (Después de haber buscado.) Señora, lo tiene también este caballero. (A Luis.) Caballero!...

ADELA. (A Victoria.) Victoria, déjalo, no molestes.

LUIS. Qué ocurre?

VICT. Nada. (Con aire picaresco.) La señora me ha pedido *La Época*.

LUIS. (Levantándose.) Señora, hágame usted el obsequio de tomar...

ADELA. Dispense usted tanta molestia, pero deseaba ver qué novedades ocurren... (Toma el periódico.)

LUIS. (Se sienta y toma un libro.) Si se le antojará también este libro?

ADELA. Victoria, entra en mi cuarto y búscame el pañuelo.

VICT. (Mirando a Luis.) Bien, señora.

ADELA. (Al poco rato viendo que Victoria no se mueve.) Qué ¿no vas?

VICT. (Sonriendo.) Miraba si lo había tomado también este caballero.

ADELA. Vete. (Victoria sale.)

ESCENA IV.

ADELA y LUIS.

ADELA. (Ap.) (Quién será este señor Mendoza? No le he visto nunca. Y es bastante simpático.)

LUIS. (Ap. mirando a Adela.) (Cuál es el nombre que me ha dicho Victoria? La señora de... no me acuerdo.)

ADELA. (Ap.) (Estoy segura que se cree que he pedido la *Revista* para entablar conversacion.) (Se vuelve de espaldas.)

LUIS. (Ap.) (Y tiene un aire distinguido. Debe ser una mujer *comm'il faut*. Apostaría cualquier cosa á que ha pedido el periódico para entablar conversacion. (La mira.) Se ha vuelto de espaldas.)

ADELA. (Ap.) (Finge leer. Estoy segura de que tiene el libro del revés.)

ESCENA V.

DICHOS, VICTORIA con un pañuelo.

VICT. Aquí tiene usted su pañuelo. ¿Va usted á salir esta tarde?

ADELA. Sí.

VICT. Está bien. (Se dispone á marchar.)

ADELA. Escucha. (Bajo.) (Hace mucho tiempo que ese caballero ha llegado á los baños?)

VICT. Lo ignoro, señora.

ADELA. Dices que le has conocido en casa de la señora de Perez... Era íntimo de la casa?

VICT. Sí señora, era íntimo, extremadamente íntimo.

ADELA. Bueno.) (Se pone á leer.)

VICT. (Contemplando á los dos un momento.) Vamos, creo que puedo con toda seguridad confiarles el honor de mi amo. (Váse.)

ESCENA VI.

ADELA, LUIS y luego el SEÑOR DE TORRES.

Escena muda entre Adela y Luis. Los dos se vuelven al mismo tiempo para mirarse, pero sienten pasos, y se colocan otra vez volviéndose la espalda.

TORRES. (Entrando.) (Al fin he llegado. (Viendo á su mujer y á Luis.) Mi mujer sola con un jóven!... ¿Será este el galán de que me ha hablado la doncella? se han vuelto de espaldas! Malo! tengamos calma y diplomacia.)

ADELA. Ah! Qué miedo me has causado!

TORRES. Miedo? y por qué?

ADELA. Como me has escrito que no llegarías hasta mañana, y te presentas ahora tan de repente...

TORRES. (Con intencion.) Lo comprendo.

- ADELA. La sorpresa...
- TORRES. Claro está! Vamos, serénate y dame un abrazo.
- ADELA. Hombre, repara que hay delante un extraño.
- TORRES. Y qué importa? Un marido puede abrazar á su esposa cuando quiera. (La abraza ruidosamente.)
- ADELA. Qué cosas tienes!
- TORRES. Quién es ese caballero?
- ADELA. No le conozco.
- TORRES. Pues al entrar creí que estábais hablando.
- ADELA. Te engañaste.
- TORRES. ¡Es extraño!
- ADELA. Que es extraño que no le conozca? Acaso conozco á todo el mundo?
- TORRES. No; pero...
- ADELA. Sólo sé su nombre.
- TORRES. Hola!... ¿Y cómo se llama?
- ADELA. Luis Mendoza.
- TORRES. Mendoza! Calle, pues si es un amigo mío. Y cómo sabes tú su nombre?
- ADELA. Porque me lo ha dicho Victoria.
- TORRES. (Ap.) (Yo sabré la verdad.) (Alto, acercándose á Luis.)
Cómo! Es usted, amigo Mendoza?
- LUIS. Oh, qué grata sorpresa! (Estrechando la mano de Torres.)
- TORRES. Tengo el gusto de presentarle á mi esposa. Adela, el señor don Luis Mendoza, mi amigo.
- ADELA. (Saludando.) Caballero!..
- LUIS. (Id.) Señora, tengo á mucho honor este conocimiento y crea usted que ignoraba, cuando hace poco tuve el gusto de hablarle, que me dirigía á la esposa de un antiguo amigo.
- TORRES. (Á Adela.) (Y me aseguraste que no le habías hablado!)
(Ap.) (Estoy seguro de que se entienden. Pero hasta dónde se habrán entendido? Oh! es necesario que yo lo sepa.)
- LUIS. Y usted, señora, ¿ha venido aquí por gusto ó por necesidad?
- ADELA. Diré á usted, los médicos aconsejan á mi esposo estos

baños...

TORRES. Sí, amigo mío, el reuma me molesta demasiado de algún tiempo á esta parte y...

LUIS. Comprendo; estas aguas dicen que son prodigiosas. Pero charlo... charlo, y acaso estoy estorbando á ustedes. Con su permiso.

ADELA. Usted no molesta nunca.

LUIS. Gracias. Señora... (Saludando.)

ADELA. He tenido mucho gusto en conocerle y espero que no sea esta la única vez que nos veamos.

LUIS. Oh! no, señora. Pronto tendré el honor de volver á ponerme á...

TORRES. Gracias, amigo mío, gracias. Su visita de usted nos será muy agradable; pero nosotros por lo regular no permanecemos en casa.

LUIS. Sin embargo, ya tendremos ocasiones...

TORRES. Si, yo le avisaré á usted. (Hace Luis un saludo á Adela, estrecha la mano de Torres y se va por el fondo.)

ESCENA VII.

ADELA y TORRES.

TORRES. (Ap.) (Que tendrá ocasiones!... Malo, malo!)

ADELA. Has arreglado ya tus asuntos en Madrid?

TORRES. (Distruido.) Sí, sí... Es admirable que ese joven no se haya hecho presentar á tí hasta ahora!

ADELA. He salido tan poco durante tu ausencia...

TORRES. Pero cómo vive en esta fondá?...

ADELA. Sabes que estás hoy muy preguntón?

TORRES. Te equivocas, hija... (Ap.) (Ciertos son los toros!)

ADELA. Has visto en Madrid á tu amigo Blasco?

TORRES. Te advierto que es un calavera.

ADELA. Cómo!

TORRES. Sí, hace el amor á todas las mujeres y tiene la pretension de sostener que no hay quien se le resista.

ADELA. Blasco?

TORRES. No, quién habla de Blasco?

ADELA. Yo.

- TORRES. Pues yo hablo de Mendoza.
- ADELA. Ah!
- TORRES. Pasa su vida persiguiendo á las mujeres, comprometiéndolas.
- ADELA. Es posible!
- TORRES. Como lo oyes. Y dime... ¿conoces á los esposos Vazquez?
- ADELA. Al marido sí, á la mujer no.
- TORRES. Pues Mendoza es el héroe de la aventura que te conté, y la mujer de Vazquez ha sido la víctima.
- ADELA. Pobre Vazquez!
- TORRES. Mendoza no puede hablar dos minutos con una mujer sin espetarla una declaracion. Tiene en esto una gran fama.
- ADELA. Entónces ha hecho una excepcion en mi favor, porque nada me ha dicho.
- TORRES. Pues él dice que te ha hablado.
- ADELA. Para darme un periódico; però eso no es hablar.
- TORRES. Será tal vez que no le hayas agradado. Sin embargo, él no es muy descontentadizo.
- ADELA. Gracias por el cumplido.
- TORRES. No he querido decir lo que te figuras. Yo me refiero á su trato frecuente con mujeres de cierta clase.
- ADELA. Ay Dios mio!
- TORRES. En fin, querida, temo que él te comprometa.
- ADELA. Puedes estar tranquilo. Somos nosotras las que nos comprometemos y no los hombres los que nos comprometen.
- TORRES. Esas son sutilezas. Mira, Adela, yo no quiero que le hables.
- ADELA. (Admirada.) Yo no quiero... yo no quiero... Entónces para qué me lo has presentado?
- TORRES. (Ap.) (Tiene razon, he sido un bestia.) (Auto.) Ha sido un compromiso, y la buena educacion exigía.
- ADELA. Corriente. Pues quieres á tu vez hacerme un favor?
- TORRES. Cambiemos de conversacion.
- TORRES. Bueno. (Ap.) (Malo, malo, malo!)

ADELA. Qué es eso?

TORRES. El reuma que vuelve. Es preciso que vea al médico; necesito tomar un baño. Y tú ¿qué piensas hacer entre tanto?

ADELA. Daré mi paseo cotidiano á la gran cascada. Es el sitio más sombrío y solitario, y el que más me gusta.

TORRES. Bueno; pues si concluyo á tiempo, allí iré á buscarte.

ADELA. Por mí no te molestes, volveré pronto.

TORRES. Entónces, adios; pero ten cuidado.

ADELA. Con qué?

TORRES. Con Mendoza.

ADELA. Qué pesado! (váse.)

ESCENA VIII.

TORRES sólo.

Me engañará? Estarán de acuerdo? Victoria ha salido, que si no, ya me había puesto en antecedentes. Será Mendoza el galán que pretende á Adela? Qué enojosa incertidumbre! Yo no soy de esos maridos ciegos, al contrario, conozco por intuición la fisiología del matrimonio de Balzac; sé todos los rodeos, todas las astucias de que se valen los amantes, y difícilmente me la podrán pegar. Vamos á ver al médico. (Se dirige á la puerta del fondo.) Aquí viene Mendoza; empecemos á jugar la partida.

ESCENA IX.

TORRES y LUIS.

TORRES. Conque, amigo Mendoza, al fin decidió usted dejar á Madrid?

LUIS. ¿Y cómo no? Hacé allí un calor...

TORRES. Y ha venido usted aquí...

LUIS. Por matar el tiempo.

TORRES. (Sentándose.) Sin objeto, no es verdad? Y por qué no ha ido usted á algunas aguas de Alemania? Allí se juega...

LUIS. No me gusta el juego; pierdo siempre.

TORRES. Ah! Pues ya sabe usted el adagio: Desdichado en el juego...

LUIS. Sin embargo, en la sociedad que yo frecuento debería decirse: afortunado en el juego, afortunado con las mujeres y vice-versa.

TORRES. Ah! sí, ya sé, ya sé. Pero, amigo mio, usted ha dado mucho que hablar en el mundo y la culpa la ha tenido usted.

LUIS. Yo? y por qué? Yo no tengo nada que reprocharme.

TORRES. Eso es lo que decía yo ahora á mi mujer: yo te aseguro que Mendoza no tiene nada que reprocharse.

LUIS. Ah! Segun eso han procurado desacreditarme en el concepto de su señora de usted? (Se sienta cerca de Torres.)

TORRES. Hay en este mundo gente tan mala...

LUIS. Pero qué le han dicho?

TORRES. Yo no sé si debo...

LUIS. Usted es mi amigo, y debe hablarme con franqueza.

TORRES. La verdad es que le han pintado á usted como un hombre sin principios, peligroso, muy...

LUIS. Adelante, no se detenga usted.

TORRES. Muy inmoral.

LUIS. Perfectamente.

TORRES. Además le han contado las escandalosas relaciones que recientemente ha tenido usted...

LUIS. También eso?

TORRES. Me han dicho que usted era amigo del marido...

LUIS. Y esto habrá sido á sus ojos una circunstancia agravante...

TORRES. Naturalmente.

LUIS. Permita usted que me ria. Já, já, já!

TORRES. Hombre, engañar á un esposo, que además es amigo de uno, no tiene nada de moral.

LUIS. En efecto, pero como yo no me las echo de virtuoso ni creo que usted...

TORRES. Yo!

LUIS. Sí, amigo mio, sí, usted también ha pecado.

TORRES. No lo niego; pero yo hablo de la opinion de mi mujer, no de la mia propia.

LUIS. Y dice usted que su esposa ha extrañado mi conducta? Yo la hacía más conocedora de la sociedad en que vive...

TORRES. No obstante, las mujeres á veces son tan raras!

LUIS. Á quién se lo dice usted!

TORRES. Y luego, aquí para entre nosotros, sospecho que usted no es de su agrado.

LUIS. Amigo Torres, agradar á su esposa de usted sería ambicionar demasiado. Yo no osaré aspirar á otra cosa que á no desagradarla.

TORRES. Ya le he dicho que es injusto tomar antipatía á primera vista.

LUIS. Antipatía? Cómo! llega hasta ese extremo?

TORRES. Bah! no haga usted caso.

LUIS. Oh; no! me han calumniado y necesito justificarme.

TORRES. Guárdese usted de hacerlo; ella es muy lista y comprendería en seguida que habíamos hablado.

LUIS. Y he de pasar á sus ojos por lo que no soy...

TORRES. Alejándose usted de su trato por un poco de tiempo y dejándome á mí hacer, poco á poco lograré que reforme su opinion.

LUIS. Mucho se lo agradeceré, porque nada me subleva como gozar de una mala opinion que no merezco.

TORRES. Si la ve usted, no trabe por el pronto conversacion...

LUIS. Descuide usted, no me expondré á ser mal recibido.

TORRES. Creo, amigo Mendoza, que no habrá llevado usted á mal mi franqueza?

LUIS. De ninguna manera.

TORRES. Es que sentiría...

LUIS. Nada, nada.

TORRES. Pues con su permiso, voy á ver si le echo la vista encima al doctor.

LUIS. Hasta luego. (Se dan la mano y Torres se va.)

ESCENA X.

LUIS solo.

Es singular! si me hubiesen dicho que la señora de Torres se había prendado de mí, no me hubiese hecho más efecto que el saber que le soy antipático. (Se detiene delante de la chimenea, y ve por el espejo á Adela que entra.) Héla aquí.

ESCENA XI.

LUIS y ADELA.

- LUIS. (Ap.) (Qué linda es! Por qué me profesará esa antipatía? Las mujeres juzgan tan ligeramente... Siento marcharme sin hablarla.) (Se dirige á la puerta del fondo.)
- ADELA. (Ap.) (Ah! está aquí el señor de Mendoza. (Se sienta.) Parece que no le agrado. (Luis se detiene al llegar al fondo.) Su indeferencia raya en grosería.)
- LUIS. (Ap., y volviendo á bajar á escena.) (No, yo no debo dejar que me tenga por más tiempo en la opinion que me tiene.) (Con dulzura.) Señora!...
- ADELA. (Con sequedad.) Caballero!...
- LUIS. (Cortado.) Ha visto usted qué hermoso día hace hoy?
- ADELA. (Sorprendida.) Si.
- LUIS. Y qué calor tan insoportable.
- ADELA. Oh! muy insoportable.
- LUIS. (Cada vez más embarazado.) Las lluvias de estos últimos dias han refrescado la atmósfera. (Ap.) (No sé lo que digo.)
- ADELA. (Riendo.) Já, já! es cierto que las lluvias...
- LUIS. Se rie usted...
- ADELA. De las lluvias que han refrescado la atmósfera.
- LUIS. (Picado.) Eso no tiene nada de risible.
- ADELA. Cierto que no; hágame usted el obsequio de no hacer caso, esto es nervioso.

LUIS. Nervioso y poco benévolo.

ADELA. Suplico á usted que no lo tome en serio.

LUIS. Señora, seamos francos. Nadie que yo sepa se ríe del buen tiempo, luego esa risa...

ADELA. No es por usted, caballero.

LUIS. Entónces...

ADELA. Es que me había formado otra idea tan distinta de...

LUIS. De...

ADELA. Suponga usted, señor de Mendoza, que en mitad de un espectáculo, traen un cañón á la escena, la mecha está encendida, el actor la aproxima, usted se tapa los oídos, y cuando va á sonar la detonación, se oye únicamente la cápsula. Entónces qué hace usted? Nada más natural; una risa nerviosa sucede al temor y...

LUIS. Ese apólogo significa que usted esperaba de mí, en vez de una conversacion sobre el tiempo, otra más amena, más interesante.

ADELA. Vamos, veo que ha sido en balde el trabajo que me he tomado para satisfacer á usted. Perdone que me haya reído, y volvamos seriamente á las lluvias... que han refrescado la atmósfera.

LUIS. (Sonriendo.) Hace usted bien en burlarse de esas vulgaridades, hijas de la timidez que siento.

ADELA. Usted tímido? Já, já, já!

LUIS. Señora, tiene usted una opinion muy equivocada respecto á mí. Hay álguien que está interesado en desacreditarme; álguien que le ha pintado á usted mi carácter diferente de lo que es, y yo ruego á usted que me diga quién es ese álguien.

ADELA. Una persona que conoce bastante la vida de usted y las relaciones que mantiene...

LUIS. Ah señora! Pueden muy bien haberle dicho á usted la verdad, pero no me negará usted que con verdades se puede calumniar al hombre más honrado.

ADELA. Ciertó; pero tampoco me negará usted que en acomodando hábilmente esas verdades, no hay una falta que no sea una excusa.

LUIS. Oh! señora, escúcheme usted y despues júzgueme. Si engañado en mi primer amor por una mujer de mundo, coqueta y vanidosa, yo hubiese, por despecho, contraído unas relaciones ménos dignas, pero en las que el corazon no tomase parte, ¿sería culpable á los ojos de usted?

ADELA. Permita usted, caballero; yo no tengo derecho ni de acusarle ni de absolverle.

LUIS. Usted tiene más que derecho, señora; tiene el deber...

ADELA. El deber?

LUIS. Sí tal. ¿Habrá quien, despues de tener la dicha de ver á usted, pueda no valuar en un precio excesivo su estimacion? Yo sé que usted me juzga severamente. ¿No tengo, pues, el derecho, como todo acusado, de intentar justificarme, y el juez no tiene el deber de oirme?

ADELA. Ni á usted le acusa nadie ni yo soy juez.

LUIS. Pero...

ADELA. Y en todo caso, yo levanto la audiencia y aplazo la causa para mejor ocasion. Tengo que salir á paseo y voy á dar órdenes á mi doncella. (Saluda y váse.)

ESCENA XII.

LUIS.

Verdaderamente es una mujer hechicera. Esa graciosa ironía que emplea en su conversacion, lejos de desagradar aumenta sus encantos. Y despues de todo, tiene un aire de bondad! Siento que mi corazon se va impresionando. No me faltaba más que esto. Enamorarme formalmente.

ESCENA XIII.

LUIS y ADELA.

ADELA. Aún está usted aquí?

LUIS. Sí, señora. No puedo moverme de este sitio.

ADELA. Cómo debo tomar esa contestacion?

- LUIS. Como una prueba de sumison de parte de un esclavo.
- ADELA. Hace poco acusado, ahora esclavo, ¿sabe usted que se atribuye posiciones sociales muy humildes?
- LUIS. Señora, es que en el primer caso yo quisiera un juez imparcial, y en el segundo...
- ADELA. En el segundo...
- LUIS. Sería feliz teniendo una...
- ADELA. Una?...
- LUIS. Una dueña como usted.
- ADELA. Ah! No toquemos ese punto.
- LUIS. Por qué no? daría lo que tengo en este momento porque esa mirada de usted fria y severa, se volviese hacia mí dulce y cariñosa.
- ADELA. (Trémula.) Caballero... ese lenguaje... por favor, no lo emplee usted... porque si mi marido llegase...

ESCENA XIV.

DICHOS, VICTORIA, que trae un sombrero y un abrigo.

- VICT. Señora, aquí tiene usted lo que me ha pedido. (Adela se pone el sombrero. Victoria examina á Adela y Luis. Acercándose á éste y hablándole bajo) (Sabe usted, señor don Luis lo que temo?
- LUIS. ¿Qué temes?
- VICT. Que voy á tener que denunciar á usted á mi amo.
- LUIS. (Alegre.) De veras? (Le da dinero.)
- VICT. (Ap.) (Primer síntoma, agitacion: segundo sintoma, sobornar á la doncella.)
- ADELA. Victoria.
- VICT. Señora!...
- ADELA. Arrégleme usted esta cinta.
- VICT. (Bajo á Luis.) (Ya lo ve usted, le tiembla la mano.) (Victoria despues de haber ayudado á Adela, coloca sobre la mesa dos ramas de heliotropo y se va.)

ESCENA XV.

LUIS y ADELA. Ésta toma las flores, se las coloca en el pecho y se le cae una, que Luis recoge.

- LUIS. Le agradan á usted estas flores?
- ADELA. Es el sólo perfume que puedo soportar.
- LUIS. Es una simpatía más... yo adoro tambien el heliotropo.
- ADELA. Y la otra rama?
- LUIS. Héla aquí! Pero tendría usted la crueldad de quitármela?
- ADELA. Cierto que la tendré.
- LUIS. Ese perfume me embriaga, hoy sobre todo. Déme usted esa flor.
- ADELA. (Con dulzura y firmeza) Imposible, caballero. Cuanto más la hace usted subir de precio, tanto ménos puedo dársele á usted.
- LUIS. (Dando la flor.) Me resigno, señora. Pero una palabra; usted va á salir, ¿me permite usted que la acompañe?
- ADELA. No es posible. Y es más, si quiere usted lograr mi afecto, espero que no insista.
- LUIS. Obedezco. Por qué lado va usted á pasear?
- ADELA. Por la cascada.
- LUIS. Para que vea usted que no la engaño y que cumplo su deseo, iré á pasear al laberinto. Son los dos únicos paseos que hay en este pueblo, y están en un sitio diametralmente opuestos.
- ADELA. Gracias, Mendoza. Ese rasgo me demuestra más que las palabras de usted que le habian calumniado.
- LUIS. (Con alegría.) Oh felicidad!
- ADELA. Con esa conducta ha ganado usted la benevolencia del juez.
- LUIS. Y el afecto de mi dueña?
- ADELA. (Trémula.) Es usted demasiado ambicioso.

ESCENA XVI.

LUIS sólo.

Qué cambio tan súbito se ha obrado en mí! Esta mañana mi corazón estaba muerto, insensible, y ahora está temblando de emoción. Jamás he sentido lo que ahora siento. Oh Dios mío! qué delicioso es el principio del amor!

ESCENA XVII.

LUIS y TORRES.

TORRES. Hola, amigo Mendoza, va usted á salir?

LUIS. Sí, la lectura me ha calentado un poco la cabeza y voy á ver si con el aire del campo se me despeja.

TORRES. (Ap.) (Idénticas palabras me ha dicho mi mujer.) (Alto.) Y hacia qué lado piensa usted dirigirse?

LUIS. No lo sé; voy á la casualidad.

TORRES. Buen paseo. (Luis va á marchar y Torres lo llama con negligencia.) Ah! querido Mendoza, si quiere usted pasear con mi mujer, le advierto que ha ido al laberinto.

LUIS. Al laberinto? Pues si ella me dijo que iba á la cascada!

TORRES. (Vivamente.) Cómo! Adela le ha dicho á usted...

LUIS. Precisamente á mí no; pero mientras que yo leía se lo dijo á su doncella.

TORRES. (Ap.) (Están de acuerdo, no me cabe la menor duda.) (Alto.) En efecto, esa era su intención, pero yo la he hecho variar de idea. Como ha llovido tanto estos días, la orilla de la cascada es resbaladiza y muy peligrosa. Ya recordará usted que hace poco un inglés cayó y... ¡Es particular que siempre ha de haber un inglés que se estrelle!

LUIS. No comprendo...

TORRES. No comprende usted que un inglés se caiga?...

LUIS. No, no es eso. Conque dice usted que su esposa va al Laberinto?

TORRES. Sí.

LUIS. (AP.) (Si yo aprovechase este cambio...) Si no quiere usted nada me marchó.

TORRES. Que le siente á usted bien el paseo.

LUIS. Gracias.

ESCENA XVIII.

TORRES sólo.

(Frotándose las manos.) Ajajá! Imbécil, corre á reunirme con tu amada, precisamente por el lado opuesto al que ella ha tomado. Otro marido en mi caso no sé lo que hubiera hecho; pero me parece que no hubiese tenido el tacto que yo. Soy muy pillo!

ESCENA XIX.

TORRES y VICTORIA.

VICT. Usted aquí?

TORRES. Hace una hora que te estoy esperando. Vámonos, habla, qué ha pasado durante mi ausencia?

VICT. Lo que le escribí á usted. Un caballero con gran bigote y perilla, y un aspecto militar muy marcado, siguió á la señora durante unos días, hasta que viendo que ella no le hacía caso, abandonó el campo.

TORRES. Bueno, y despues?

VICT. Despues hemos tenido en campaña al jóven rubio.

TORRES. Y desde cuándo se entienden?

VICT. Cómo!

TORRES. Qué desde cuándo se entienden el rubio y mi mujer?

VICT. Desde nunca. Si el pobrecillo era tan tímido que no se atrevió á otra cosa mas que á insinuarse con miradas, hasta que cansados sus ojos de tanto y tanto mirar sin fruto, dejó de seguir á la señora.

TORRES. Pero no es Mendoza?...

VICT. Quién?

TORRES. El rubio.

VICT. Está usted en su juicio? Si Mendoza es moreno.

TORRES. Es verdad, no había caído en ello. Pero yo le he encontrado al llegar en esta sala con mi mujer.

VICT. Pura casualidad; y puedo asegurarle que de ese señor no debe usted temer nada.

TORRES. Por qué?

VICT. Porque conozco el gusto de mi ama, y además sé positivamente que el señor de Mendoza, lejos de enamorarse de ella, está ciego de amores por otra.

TORRES. De veras? Y yo que he hecho mil necedades creyendo lo contrario! Desde que llegué y los encontré juntos, creí que era por Mendoza por el que me habías dado la voz de alarma.

VICT. Si yo le hubiese visto á usted, le hubiera dicho en seguida: puede estar usted tranquilo y fiar en el señor Mendoza... como en mí.

TORRES. (Sentándose.) Respiro. Ah! tú no sabes el peso que me has quitado de la cabeza. (Saca dinero.) Toma por tus buenos servicios.

VICT. Gracias, señor.

TORRES. Y ahora en pago me vas á dar el abrazo de ordenanza.

VICT. Quiere usted callar!

TORRES. Mira, desde que estoy seguro de que nadie persigue á mi mujer, y sé que Mendoza es un buen amigo, incapaz de meterse en mis propiedades, deseo abrazar á todo el mundo.

VICT. Pues abraza usted á su esposa.

TORRES. Vamos, tontuela, tienes celos?

VICT. Yo? Já, já, já!

TORRES. Me das el abrazo?

VICT. No.

TORRES. Á la una, á las dos, á las tres... (En el momento de querer abrazar á Victoria, se detiene y da un grito.) Ay! maldito reuma.

VICT. Ya lo ve usted, señor; el hombre propone y Dios dispone. El médico le aguarda á usted hace rato, y no debe

hacerle esperar.
TORRES. Sí, sí, voy á ver qué me manda. Pero en cuanto se aplaquen estos dolores... ya te diré yo... (Váse.)

ESCENA XX.

VICTORIA sola.

El demonio del viejo! Siempre con la misma pretension! Como si yo me peinase para él. — Vamos, que el señor Mendoza no debe estar quejoso de mí, y en cuanto á mi señora... Me parece que pronto voy á tener lástima del señor.

ESCENA XXI.

VICTORIA y ADELA.

ADELA. (Entra muy agitada y se sienta en la marquesita.) Victoria, quítame el sombrero y el abrigo.

VICT. (Haciéndolo.) Dios mio! Qué cara trae usted! Le ha sucedido algo?

ADELA. No es nada, esto se pasará; figúrate que he estado á pique de caer en la cascada.

VICT. Jesús! Quiere usted que llame al médico?

ADELA. De ningun modo. Tráeme un vaso de agua.

VICT. Volando. (Váse.)

ESCENA XXII.

ADELA y LUIS.

ADELA. Dios mio! dadme fuerzas para vencer el afecto que se ha apoderado de mi corazon! (Entra Luis con las flores de heliotropo en la mano.)

LUIS. Cómo se encuentra usted?

ADELA. Un poco mejor.

LUIS. Oh! no sabe usted cuánto me alegro.

ADELA. Gracias, Mendoza, nunca olvidaré que le debo á usted la vida. Sin su auxilio, á estas horas no existiría.

- LUIS. (Sentándose cerca de Adela.) Adela, ya conoce usted los sentimientos de mi corazón, puesto que no los he podido ocultar. Sea por lo tanto una vez compasiva, y déjeme embellecer con mis cuidados, con mi cariño, esa preciosa existencia que he salvado.
- ADELA. Oh! no, no puede ser. Yo soy una mujer honrada, incapaz de engañar á mi marido.
- LUIS. Su marido! Recuerde usted, Adela, que á sus mentiras debo el haber llegado á la cascada á tiempo de poder salvarla; de lo contrario yo hubiese ido al Labe-rinto.
- ADELA. De veras?
- LUIS. Se lo juro á usted.
- ADELA. Escuche usted, Mendoza, y olvide en seguida lo que voy á decirle. Este día, este instante, no se borrará de mi memoria: mi corazón conservará de usted un grato recuerdo; pero... se lo suplico á usted; aléjese de estos sitios, porque así cumplirá como un caballero.
- LUIS. Y usted me suplica que me aleje! Usted, á quien he salvado la vida, quiere en pago que yo muera! Ah! no, usted no puede querer eso cuando me ha confesado...
- ADELA. Convengo, Mendoza, en que lo mal que me han hablado de usted ha hecho tal vez que le encuentre mejor de lo que es en realidad. Pero por eso le pido á usted que se aleje... que no abuse usted de mi posición: puede llegar mi marido...
- LUIS. Su marido de usted, que ha sido la causa de todo, engañándonos á los dos indignamente.
- ADELA. Es verdad; mas ya ve usted que él ha caído en sus propias redes. Pretendiendo separarnos ha lastimado es amor propio de cada uno, y nos ha aproximado hasta un punto que no debemos traspasar.
- LUIS. Tiene usted razón; pero el mal está hecho y yo adoro á usted.
- ADELA. Mendoza, por Dios, ni una palabra más. Si es cierto que me ama usted, como dice, no debe desear mi deshonra: un deber de caballero le obliga á alejarse de

aquí.

LUIS. Esta bien, señora; partiré, me alejaré de usted para siempre aunque tenga para ello que destrozar mi corazón.

ADELA. (Tendiéndole una mano.) Gracias, Luis.

LUIS. (Besándola.) Con esto sólo estoy pagado.

ESCENA XIII.

DICHOS, VICTORIA y luego TORRES.

VICT. (Entra precipitadamente con un vaso en la mano.) Aquí está el agua... y el señor. (Luis y Adela se separan precipitadamente.) (Ap.) (He hecho bien en adelantarme, porque si entra y los coge...)

TORRES. (Entrando.) Adela, ¿es cierto lo que Victoria me ha contado?

ADELA. Sí, amigo mío, he estado á pique de no volver á verte.

TORRES. Y tú hubieses tenido la culpa. ¿No te dije que no fueses á la cascada, porque hace poco se estrelló un inglés...

ADELA. Tú no me dijiste semejante cosa.

TORRES. Pues creí habértelo dicho.

ADELA. Pero lo que no sabes es que debo la vida al señor Mendoza; ha arriesgado la suya por salvarme.

TORRES. Es posible, querido amigo?

LUIS. Su esposa de usted exajera. Deseando la soledad, y habiéndome usted asegurado que Adela iba al Laberinto, me dirigí á la cascada y llegué á ella á tiempo de poder prestar á ustedes ese pequeño servicio.

TORRES. Según eso el que verdaderamente se ha salvado he sido yo, porque si llega á ir al Laberinto como pensaba... Ese es el dedo de Dios!

VICT. (Ap.) (Sí, y es posible que el diablo sea el que se aproveche.)

TORRES. Mi querido Mendoza, ya sabía yo que era usted un buen amigo mío, con el que podía contar para todo; pero este servicio que ha prestado usted á mi esposa, aumenta si cabe el aprecio que le tenía.

LUIS. Gracias.

TORRES. No le ocultaré que ha habido momentos en que he dudado... porque... como tiene usted esa fama de calaveras... pero ahora estoy tan seguro de su amistad, que espero pasará usted lo que resta de verano en nuestra casa de campo. ¿No te parece bien, Adela?

ADELA. El señor de Mendoza me ha asegurado que un compromiso de honor le obligaba á volver inmediatamente á Madrid.

LUIS. Así es en efecto, parto en el tren de esta noche.

TORRES. Cuánto lo siento! Y yo que pensaba, hoy que le conozco, suplicar á usted que no dejase que Adela se aburriese sola en la quinta! Como tengo que estar separado, de ella á causa de mis negocios...

ADELA. Yo tendria una gran satisfaccion en que este caballero honrase nuestra casa; pero ha sido inútil cuanto le he rogado... y no debes insistir.

LUIS. (Llevándose la mano al corazon.) Ah!

TORRES. Pues no insisto. Pero cuento, conque si este año no, el que viene será otra cosa.

LUIS. (Mira á Adela y ésta vuelve la vista.) Sí, yo espero que si esta señora me lo permite...

TORRES. Mi mujer! ya lo creo! Estoy seguro de que no desea otra cosa.

VICT. (Ap.) (Qué perspicacia!)

TORRES. (Adelantándose al público.) Maridos que me escuchais: si quereis que nadie os la pegue, leed la fisiología del matrimonio de Balzac; tened luego la astucia y habilidad que yo poseo para no dejarme engañar, y echaos á dormir á pierna suelta, como yo pienso hacerlo. He dicho.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DE D. EDUARDO DE LUSTONÓ.

UN SARAO Y UNA SOIRÉE, caricatura de costumbres dividida en dos láminas, original y en verso. ¹

¿SILBA Ó APLAUSOS? juguete cómico en un acto, original y en verso.

LA CÓMICO-MANIA, boceto de malas costumbres, en tres cuadros, original y en verso. ²

NO MAS CIEGOS, juguete lírico en un acto, y en prosa. ³

EN LA CONFIANZA ESTÁ EL PELIGRO, proverbio en un acto y en prosa. ⁴

BELENES, escenas originales de la vida de un soltero, coleccionadas en tres actos.

EL LIBRO AZUL, comedia en un acto y en prosa.

LA VIUDA DE RODRIGUEZ, comedia en un acto y en prosa.

POR UN AGUJERO, disparate cómico en un acto, original y en prosa.

EL MARIDO, comedia en un acto y en prosa.

MERCEDEZ, juguete cómico en un acto, original y en verso.

LIBROS.

LOS NEOS EN CALZONCILLOS.

EL QUITAPESARES.

EL LIBRO VERDE.

EL HAZMERETR.

CANCIONERO DE OBRAS DE BURLAS.

¹ En colaboracion con el Sr. Ramos Carrion, y música del Sr. Arrieta.

² Idem, idem, con el Sr. Saco. ³ Idem, idem, idem. ⁴ Idem, idem, idem.

Aumento al Catálogo de EL TEATRO de 1.º de Setiembre de 1873.

TÍTULOS.

Actos.

AUTORES.

Prop. que
corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

Al que se hace de miel.....	4	Antonio Ramiro.....	Todo.
Dies Irae.....	1	R. de Campoamor.....	»
El marido.....	1	Eduardo Lustonó.....	»
En estado de sitio.....	1	E. Zamora.....	»
He matado al mandarín.....	1	E. Zúmel.....	»
La Cruz Roja en Alicante.....	1	Juan de Alba.....	»
La veu de la relicho.....	1	N. N.....	»
Llegar á tiempo.....	1	Eduardo Navarro.....	»
Mercedes.....	1	Eduardo Lustonó.....	»
Miseria y Compañía.....	1	Joaquín Balaguer.....	»
Pobres y ricos.....	1	E. Zamora.....	»
Por dos millones.....	1	E. Zúmel.....	»
Por un descuido.....	1	E. Navarro.....	»
Tal es cualis com camali.....	1	N. N.....	»
Un diputado de antaño.....	1	Pelayo del Castillo.....	»
Un doctor de seca.....	1	R. María Liern.....	»
Un grapa y prou.....	1	N. N.....	»
El avaro de su amor.....	2	M. Romero de Aquino.....	»
El tío Cavila.....	2	E. Escalante.....	»
Páginas de gloria.....	2	E. Zamora Caballero.....	»
Quién es su madre.....	2	Joaquín Vera.....	»
Un predestinado.....	2	E. Zúmel.....	»
La procesion por dentro.....	3	E. Blasco.....	»
Parientes y trastos viejos.....	3	E. Blasco.....	»
Un drama del día.....	3	E. Zúmel.....	»

ZARZUELAS.

A última hora.....	1	Joaquín Gaztambide.....	Música
Pon Pompeyo en Carnaval.....	1	Amalfi y Arche.....	L. y M.
El asistente Cepillo.....	1	Amalfi.....	Libro.
El barbero de Rossini.....	1	Amalfi y Aceves.....	L. y M.
El castañar español.....	1	Amalfi.....	L. y M.
El grande hombre de Canillejas.....	1	N. N.....	Música
El maestro Fugatto.....	1	Lasso.....	Libro.
El último figura.....	1	Puente y Brañas.....	Libro.
Nacimiento.....	1	Gonzalez Martinez.....	L. y M.
Sistema Americano.....	1	R. María Liern.....	Libro.
El principe Lila.....	2	R. María Liern.....	Libro.
El teatro en 1876.....	2	R. María Liern.....	Libro.
La gallina ciega.....	2	Fernandez Caballero.....	Música
Satanás II.....	2	R. María Liern.....	Libro.
Un viaje de mil demonios.....	3	P. y Brañas, Pastorfilo y Santisteb.....	Libro.

